

yo soy la costumbre. 4º. *Que nadie prefiera la costumbre á la razon, á la verdad; porque la razon y la verdad excluyen siempre toda costumbre contraria á ambas.* Por estas fórmulas de las suscripciones se ve cuán agria y acalorada debió de ser la discusion. Sin embargo san Cipriano, á pesar de tan sensible incidente, no quiso romper con san Estéban; le envió una diputacion encargada de entregarle las actas del concilio. Pero fueron mal recibidos los diputados, y este nuevo incidente no hizo sino complicar la cuestion y envenenarla mas y mas. San Estéban, contento con haber proclamado la ley, no juzgó conveniente ejecutar las amenazas que habia hecho, dejando que entrase la reflexion con el tiempo. Por otro lado san Cipriano, en lo mas vivo de estas querellas, acababa de publicar dos tratados que no podian menos de obrar mas tarde en él una reaccion saludable; el primero: *De utilitate patientiæ*; y el segundo: *De invidia*. San Agustin escribe que no duda haya vuelto á la verdad este grande hombre, « aunque » hayan sido suprimidas sus pruebas auténticas, tal vez por » aquellos mismos que, tocados del mismo error, no habrán » querido privarse de tal patrono. »

25. La octava persecucion general vino á cortar por el momento esta cuestion de un modo muy sangriento, enviando al martirio los defensores de las dos opiniones. Si le viniera á alguno la tentacion de juzgar con severidad grandes y santos obispos por un extravío pasajero, ¿cómo no habia de detenerse, lleno de respeto y admiracion, ante esos gloriosos atletas de la fe? Tenian derecho de sostener con cierta animacion en una discusion pacífica y caritativa lo que creian ser verdad, cuando al propio tiempo tenian el heroico valor de profesar esta misma verdad bajo el cuero de los verdugos. Su falta fué noblemente borrada, ante Dios y los hombres, con su propia sangre.

Hacia cinco años que habia subido al trono el emperador Valeriano; habia favorecido hasta entonces á los cristianos, y permitiéndolo así la Providencia, sus empresas habian sido coronadas de feliz éxito. Cambió repentinamente de conducta,

y la suerte de sus armas cambió tambien, por manera que tres años despues fué prendido por los Persas, y reducido á servir de banqueta á su rey cuando subia á caballo. — En 257, cediendo á las solicitaciones de su favorito Macrino, firmó el edicto de la octava persecucion general. El paganismo, á pesar de tan sangrientas como inútiles pruebas, esperaba aun sofocar entre suplicios la religion de Jesucristo. Un cristiano llamado Hipólito, Adrias y Paulina con sus dos hijos Neon y María, el diácono Marcelo, el tribuno Nemesio con su hija Lucilia, Sempronio, Olimpico y Exuperia con su hijo Teodulo, fueron en Roma, donde comenzó la persecucion, las primeras víctimas. Era sobre todo objeto de las pesquisas de los verdugos el papa san Estéban: fué pues encarcelado con los clérigos que no le habian dejado solo un instante, y Valeriano le hizo comparecer á su presencia. Se encontraron pues cara á cara las dos soberanías, la de la fe y la de la espada: esta podia matar, pero aquella sabia morir; mas le pertenecia el porvenir. — « Eres tú, dijo Valeriano, quien buscas cómo tornar la república, y quien persuades al pueblo que abandone el culto de los dioses? — No intento ni deseo trastornar » la república, respondió Estéban; mas yo exhorto al pueblo » á abandonar el culto de los demonios que son adorados en » los ídolos, y á reconocer al verdadero Dios y al que ha enviado, Jesucristo nuestro Señor. » Valeriano mandó conducir al papa san Estéban al templo de Marte para oír allí la sentencia, y le hizo cortar la cabeza el 2 de agosto de 257. Su cuerpo fué enterrado en el cementerio de Calixto, pero despues transportado bajo el papa san Paulo I, el 17 de agosto de 762, á la iglesia de san Estéban y san Silvestre, que este papa hizo construir y que se llama hoy San Silvestre *in capite*, porque en ella se conserva la cabeza de san Juan Bautista.

§ V. SAN SIXTO II, PAPA (24 de agosto de 257-6 de agosto de 259).

26. A pesar de la violencia de la persecucion, el clero y fieles de Roma pudieron reunirse para dar sucesor á san Esté-

ban en la persona de Sixto II. Mucho tiempo hacia que era Sixto arcediano de la Iglesia romana, dignidad considerable á la que incumbia la administracion de los bienes eclesiásticos, y que pasó á san Lorenzo. En aquellas circunstancias el supremo pontificado no era sino ocasion mas próxima del martirio: san Sixto se mostró digno de esta sublime vocacion. A pesar de la espada de la persecucion levantada sobre su cabeza, encontró bastante calma y tranquilidad en su alma para terminar, de concierto con san Dionisio de Alejandria, el negocio de los rebautizantes. San Dionisio, echado de su silla por Emiliano, prefecto del Egipto, fué desterrado á la Libia en la corta poblacion de Zefro. Los habitantes, que todos eran paganos, se convirtieron á su predicacion, y halló muy pronto en esta lejana comarca una iglesia tan fervorosa como la de que le habia alejado la violencia. Escribió muchas cartas á san Sixto para participarle los esfuerzos que hacia para atraer todos los disidentes á la decision del papa san Estéban: y tuvo el consuelo de presenciar el regreso á la unidad de todos los que se habian separado por un error pasajero.

27. San Cipriano, á la primera noticia de la persecucion, habia escrito en un estilo abrasado de celo una *Exhortacion al martirio*, dirigida á todos los fieles. Él fué el primero que fué preso y conducido ante el procónsul de África, llamado Paterno, que se contentó con enviarle desterrado á Curuba, puerto de mar distante veinte leguas de Cartago. Pero Galerio Máximo, sucesor de Paterno, llegó á Cartago con sentimientos mucho mas feroces, y mandó inmediatamente traer al santo obispo al pretorio. Juntóse inmensa muchedumbre para asistir al interrogatorio del ilustre docto. «¿Sois vos Tascio Cipriano?» preguntó el procónsul. — Lo soy, respondió el santo. — ¿Sois el obispo de esos sacrilegos cristianos? — Lo soy. — Los augustos emperadores os mandan sacrificar á los dioses. — No debo, ni puedo. — Mirad lo que queris hacer. — En cosa tan justa no cabe otra deliberacion. — Ejecutad las órdenes de que estais encargado. — Dióse la sentencia, y el procónsul leyó este decreto: «Tascio Cipriano

» será castigado al filo de la espada.» — *Deo gratias*, respondió el magnánimo obispo. Los cristianos, mezclándose entre la turba, exclamaron á una voz: «¡Muramos todos con él!» Siguióse una escena tumultuosa, y el procónsul mandó conducir á san Cipriano fuera de la ciudad para evitar la sedicion que se temia. El obispo de Cartago se vendó él mismo los ojos: un sacerdote y un diácono que le acompañaban le ataron las manos: hizo dar al verdugo veinte y cinco piezas de oro, y le presentó su cabeza que le fué cortada de un solo golpe. Los cristianos recogieron su preciosa sangre en paños de lino y de seda (14 de setiembre de 258). Ocho de sus discípulos, Lucio, Montano, Flaviano, Juliano, Victorico, Prímulo, Reno y Donaciano, la mayor parte clérigos de la iglesia de Cartago, imitaron á su santo obispo en el valor y en su muerte. — La ciudad de Cirta, en la Numidia, contó millares de mártires. Se les condujo á un valle á las orillas de un rio que corria entre dos collados muy elevados como para hacer mas cruelmente vistoso el espectáculo. Se les hizo poner en fila, vendados los ojos, y el verdugo no hizo sino pasar de uno á otro cortándoles la cabeza: esta carnicería tan atroz duró gran parte del dia. — En España, san Fructuoso, obispo de Tarragona, fué conducido con dos diáconos suyos ante el gobernador imperial, Emiliano. — «¿Teneis noticia de las órdenes de los emperadores?» preguntó el procónsul. — Las ignoro, respondió el obispo; por lo que á mí toca, debo deciros que soy cristiano. — Han mandado adorar á los dioses. — Yo adoro á un solo Dios, que ha criado el cielo, la tierra, el mar y euanto en ellos se contiene. — ¿No sabeis pues que hay muchos dioses? — No. — Pues bien, os lo enseñarán. — Volviéndose entonces el gobernador hácia Augurio, uno de los diáconos, le aconsejó de no dejarse llegar de lo que acababa de decir Fructuoso. Augurio le contestó que adoraba tambien á un solo Dios todopoderoso. — «¿Y vos, dijo entonces Emiliano á Eulogio, otro diácono, adorais tambien á Fructuoso, vuestro obispo? — Yo no adoro á Fructuoso, sino al Dios á quien adora Fructuoso. — ¿Sois pues obispo?» preguntó el gober-

» nador á san Fructuoso. — Lo soy. — Decid mas bien que lo » habeis sido : » y los condenó á todos tres á ser quemados vivos. — En Antioquía, hacia el gobernador conducir al suplicio al sacerdote Saprício. Un cristiano, llamado Nicéforo, que desde mucho tiempo habia conservaba un violento encono contra este sacerdote, le iba siguiendo entre la turba, y durante el tránsito le suplicó varias veces le perdonase antes de subir al cielo. El corazon de Saprício se quedó de bronce, y se mostró insensible é inaccesible á todo sentimiento de misericordia. Llegado que fué Saprício al cadalso, el infeliz sacerdote, que tan duro se mostró para con su hermano, no tuvo valor de mirar la muerte á la cara, y exclamó que estaba dispuesto á sacrificar á los dioses. Los verdugos le pusieron en libertad inmediatamente. « ¿Qué haceis? le dijo Nicéforo. » Mártir de Cristo, no perdais la corona que tan merecida » teneis por tantos tormentos. » Fueron inútiles estas exhortaciones; y aquella corona inmortal, de que Saprício se habia hecho doblemente indigno, la recogió Nicéforo; porque los verdugos no hicieron sino cambiar de víctima, y por orden del gobernador le cortaron la cabeza. — En Tolosa, en las Galias, san Saturnino fué arrastrado por un toro furioso, y murió por la fe.

28. En Cesarea de la Palestina, tres amigos sellaron su amistad con el martirio. Se presentaron juntos y espontáneamente al gobernador, que los condenó á las fieras. Prisco, Malco y Alejandro, tales eran estos tres modelos de la amistad cristiana. — Un rasgo aun mas maravilloso de parte de un niño fué admiracion de la ciudad de Cesarea en Capadocia. El padre de Cirilo era idólatra, y por aborrecimiento al nombre cristiano, echó fuera de su casa á su hijo, abandonándole sin socorro alguno á la caridad pública. Cirilo fué llevado por los soldados á presencia del gobernador. « Hijo mio, le dice » el juez con mansedumbre, quiero perdonarte tus faltas, por » miramiento á tu edad: en tu mano está congraciarte con tu » padre; sé bueno y renuncia á tu supersticion. » El santo niño le respondió: « Estoy muy contento de oír reprenderme

» por mi conducta: me alegro de ser echado de la casa de mi » padre; Dios me recibirá en una mayor y mas hermosa. Re- » nuncio voluntaria y gustosamente á los bienes de este mundo » para ser rico en el cielo: yo no temo la muerte, porque me » será seguida de mejor vida. » Entonces el juez tomando un tono propio para amedrentar á un chico, le amenazó con los mayores suplicios: le hizo atar como para conducirle al suplicio; mandó preparar una hoguera y encenderla. El valor del niño Cirilo no se desmintió un instante; se deja llevar sin derramar una sola lágrima; se le acerca á la llama como para arrojarlo á ella; mas el niño no perdió un ápice de su constancia. El juez habia dado secretamente orden de no pasar mas adelante. Cuando se vió que el aspecto del suplicio no habia hecho impresion ninguna en él, se le condujo de nuevo al juez, que le dijo: « Has visto la hoguera, has visto la cuchilla; ahora ya » serás bueno, y por tu sumision á mi voluntad y á la de tu » padre, ¿merecerás que te vuelva su cariño, y te reciba en » su casa? » El niño Cirilo respondió: « Mucho perjuicio me » habeis hecho haciéndome volver; porque ni temo el fuego » ni la espada: tengo vivisimas ansias de irme á una mansion » mucho mas amable, y yo anhele riquezas mucho mas sólidas » que las de mi padre. No tardeis en hacerme morir para que » cuanto antes me vaya á Dios. » Los asistentes lloraban de oírle hablar así; mas él les decia: « Deberiais alegraros en » lugar de llorar. Lejos de tratar ablandarme con vuestras » lágrimas, deberiais animarme para sufrirlo todo. No sabeis » la gloria que me está esperando, qué es lo que me está re- » servado, cuál es la ciudad á donde yo voy. Dejadme acabar » mi vida temporal. » Con estos sentimientos recibió la corona del martirio. Al leer esta página de la historia eclesiástica no se sabe qué admirar mas, ó la fe que sabe inspirar á edad tan tierna tanta elevacion de ideas, tanto heroismo, ó la ceguera de los paganos, que intentaban triunfar de semejante fe con la espada y las hogueras.

29. San Sixto II habia precedido ya en el cielo esta nube de mártires gloriosos que habian multiplicado los edictos de Vale-

riano en todos los puntos del imperio, y cuyos nombres todos no ha podido guardarnos la historia. El 6 de agosto de 258, en tanto que el santo pontífice celebraba los sagrados misterios en el cementerio de Calixto, los soldados vinieron á apoderarse de su persona y le condujeron al suplicio. Lorenzo, arcediano de la Iglesia romana, le iba siguiendo llorando y diciéndole : « ¿ A dónde vais, Padre mio, sin vuestro hijo? ¿ A dónde vais, » pontífice santo, sin vuestro diácono? » San Sixto le respondió : « No soy yo quien te abandona, hijo querido, sino que » te espera mayor combate, y tú me seguirás dentro de tres » días. » Al pronunciar estas palabras, un soldado le cortó la cabeza. Habia ocupado la silla apostólica solos once meses y seis días. Habia enviado á la Galia san Peregrino, primer obispo de Auxerre, y habia trasladado los cuerpos de san Pedro y san Pablo á las catacumbas para poner en mayor seguridad este precioso depósito. Entre las alabanzas que la antigüedad decierne á este papa, se nota sobre todo la de ser un pontífice mansísimo y pacífico. A su mansedumbre estaba reservada la mision consoladora de acabar felizmente la cuestion de los rebautizantes, que de tanta amargura habia llenado el pontificado de su antecesor.

30. Creyendo el prefecto de Roma que los cristianos tenian grandes tesoros en reserva y queriendo apoderarse de ellos, hizo comparecer al arcediano Lorenzo, que los administraba. « Os quejais, dice, de que os tratamos cruelmente. No se trata » aquí de suplicios, solo os pido lo que de vos pende. Se dice » que en vuestras ceremonias los pontífices ofrecen libaciones » en vajillas de oro; que se recibe la sangre de las víctimas en » ánforas de plata, y que para alumbraros en vuestros sacrificios nocturnos os valeis de cirios puestos en candeleros de » oro. Se dice que para suministrar esas ofrendas los hermanos venden hasta sus herencias, y reducen frecuentemente á » la pobreza sus propios hijos : descubrid pues esos tesoros » escondidos. El emperador los necesita para pagar sus tropas » y nivelar la hacienda pública. Yo he sabido que segun vuestra » doctrina es necesario dar á cada uno lo que es suyo; ahora

» bien, el emperador reconoce como suya la moneda sobre la » que está esculpida su imágen; dad pues, como decís vosotros, » al César lo que es del César. Si yo no me engaño, vuestro » Dios no hace acuñar moneda; no ha traído dinero á este » mundo; solo ha traído palabras : volvednos pues el dinero y » guardaos las palabras. — Confieño, responde Lorenzo, que » nuestra Iglesia es rica, y que ni aun el emperador posee tesoros tan grandes. Yo os haré ver lo que tiene esta de mas » precioso : dejadme tan solo un poco de tiempo para que todo » esté en órden, para que haga mi cálculo y os presente una » cuenta y razon exacta. » El prefecto le dió tres días de término. En este intervalo, Lorenzo recorrió la ciudad entera para ir buscando todos los pobres que mantenía la Iglesia. Los reunió todos; leprosos, ciegos, cojos, paralíticos, enfermos cubiertos de llagas, y los puso en órden en los patios de la iglesia. « Venid, dijo al prefecto, y veréis todos nuestros grandes » patios cubiertos de vasos preciosos, de barras de oro, amon- » tonado todo bajo las galerías. » Luego abriendo la puerta y mostrando al prefecto todas las enfermedades y achaques reunidos : « Hé aquí, le dice, los tesoros que os he prometido. » Yo añado las perlas y piedras preciosas; estais viendo allí las » vírgenes y viudas : son la corona de la Iglesia. Aprovechaos » de estas riquezas para Roma, para el emperador y aun para » vos mismo. » El prefecto no respondió sino con hacer traer unas grandes parrillas, bajo las cuales se puso un horno de ascuas. El santo diácono fué tendido en ellas, y en medio de los horribles tormentos de este suplicio, conservando una asombrosa serenidad de ánimo, dijo al tirano : « Hacedme volver » del otro lado, porque ya estoy bien asado de este... Ya está » bien asado el holocausto, y podeis comer. » Y diciendo estas palabras rindió su espíritu á Dios, mártir á la vez de la caridad y de la fe.

31. Síguese á la muerte de las víctimas el castigo de los tiranos : ni jamás se mostró mas ostensiblemente la divina justicia. Volvió á comenzar la peste con estragos inauditos hasta entonces : y hasta los elementos mismos parecia que iban á

vengar con su desenfreno borrascoso la sangre de los justos. Durante muchos días se vió la Italia envuelta en densas tinieblas : Roma, la Libia y el Asia vieron desplomarse poblaciones enteras por un terremoto espantoso. Entretanto comenzaban ya los Bárbaros á tomar posesion del imperio romano : los Germanos invadieron las Galias hasta los Pirineos, atravesaron estos montes, asolaron una parte de España, y se presentaron hasta en las orillas de la Mauritania, atónitos todos de ver esta nueva raza de hombres. Los Alemanes, otra parte de la Germania, entraron en Italia en número de trescientos mil hombres y se acamparon en las cercanías de Roma. Arrasaron la Iliria los Godos, Sármatas y Cuados. La Escitia vomitaba sus pueblos sobre el Asia menor y la Grecia. Estos guerreros medio desnudos se embarcaron en el Ponto Euxino, en unas especies de cabañas flotantes, fiándose á un mar tempestuoso y en marinos tímidos. Sorprendieron á Trebisonda, asolaron la provincia del Ponto, y habiendo apresado numerosos Romanos, se los llevaron cautivos al desierto como trofeos de su triunfo. Otros Godos y otros Escitas, animados con este ejemplo, hacen construir una armada por sus prisioneros, parten de las orillas del Tánaís, atraviesan el Bósforo, arriban al Asia, saquean á Calcedonia y se retiran despues de haber entregado á las llamas Nicea y Nicomedia. En fin, para completar el cuadro de tanto desastre, Valeriano, que habia regado con sangre cristiana el mundo todo, hecho prisionero de Sapor, rey de Persia, servia de estribo á este su vencedor cuando montaba á caballo; y como si la desgracia hubiera de sobrevivir en él á su crimen, despues de muerto Valeriano, disecado su pellejo, curtido y teñido de encarnado, quedó colgado muchos siglos de las bóvedas del principal templo de Persia. Su propio hijo, Galieno, considerando tal desgracia como una abdicacion, se contentó con decir al recibir tan triste nueva (la de su cautiverio) : « Ya sabia yo que mi padre era mortal. » Tamaños desastres tuvieron por resultado el fin de la octava persecucion general.

CAPITULO XIII.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN DIONISIO (22 de julio de 259-26 de diciembre de 269).

1. Eleccion del papa san Dionisio. Caridad de los cristianos. Progresos del cristianismo. — 2. Decadencia del imperio bajo Galieno. — 3. Herejía de Sabelio. — 4. Pablo de Samosata. — 5. Muerte de san Dionisio de Alejandria y de san Gregorio Taumaturgo. — 6. Muerte del papa san Dionisio.

§ II. PONTIFICADO DE SAN FÉLIX I (27 de diciembre de 269-22 de diciembre de 274).

7. Eleccion del papa san Félix I. — 8. Manes. — 9. Carta de Manes á Marcelo. — 10. Principios fundamentales de los errores de Manes. — 11. Conferencia entre san Arquelao, obispo de Carrhas, y Manes. Otra conferencia entre el sacerdote Diodoro y Manes. — 12. Nona persecucion general de la Iglesia bajo Aureliano. — 13. Martirio del papa san Félix I.

§ III. PONTIFICADO DE SAN EUTIQUIANO (4 de enero de 275-3 de diciembre de 283).

14. Eleccion de san Eutiquiano. Fin de la nona persecucion general de la Iglesia. 15. Doroteo, sacerdote de Antioquia. Aquilas de Alejandria. — 16. San Félix de Nola. — 17. Progresos del maniqueismo en Egipto y en la Siria. — 18. Muerte del papa san Eutiquiano.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN CAYO (16 de diciembre de 283-22 de abril de 296).

19. Eleccion de san Cayo. — 20. Martirio de san Sebastian. — 21. Martirio de la legion Tebana. — 22. Martirio de san Victor en Marsella. — 23. Crueldades de Riccio Varo. — 24. Secta de los Hieracitas de Egipto. — 25. Conversion de Arnobio : sus siete libros contra los Gentiles. — 26. Eleccion de Constanccio Chloro y de Galerio al imperio. — 27. Instrucciones de santo Tomás, obispo de Alejandria á los oficiales de la corte de Diocleciano. — 28. Muerte del papa san Cayo.

§ I. PONTIFICADO DE SAN DIONISIO (22 de julio de 259-26 de diciembre de 269).

1. Fué elegido papa san Dionisio el 22 de julio de 259, y consagrado por Máximo, obispo de Ostia. La antigua costumbre, en vigor ya en este tiempo, y que notaba en el suyo san Agustin, daba á los obispos de Ostia el privilegio de consagrar á los romanos Pontífices. Las calamidades que asolaban el imperio ofrecian un vastísimo campo al celo y caridad de san Dionisio. Envió sumas considerables de dinero á Cesarea de